

CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fernando, 57, entlo., 2.^a

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

— PRINCIPALES COLABORADORES —

D. Miguel S. Oliver. — D. Ramón Rucabado. — D. Bartolomé Amengual. — D. Carlos Jordá. — D. José M. Tallada. — D. F. Sans y Bui-gas. — D. J. M. López Picó. — D. F. de Sagarra. — D. Buenaventura Cunill. — D. Bladio Homs. — D. J. Martí y Sábata. — D. Eugenio d'Ors. — D. José Carner. — D. J. Sitja y Pineda. — D. J. Farrán y Mayoral. — D. Manuel Reventós. — D. Emilio Vallés

SUSCRIPCIÓN

España. 3 pesetas trimestre
Europa. 3 francos
Número suelto 25 céntimos

— PAGO ANTICIPADO —

Año V

Barcelona 8 de julio de 1911

Núm. 196

SUMARIO

La actualidad religiosa.—Eucaristía, por R. RUCABADO

La cuestión religiosa en el extranjero:

El clericalismo en Francia.—Ineficacia de la coacción.—(De *La Publicidad*), por LUIS DE ZULUETA.

La cuestión religiosa en Alemania — El juramento antimodernista. — La crisis religiosa. — El caso Jatho, por MANUEL DE MONTOLIÚ. —(De *El Poble Català*).

Un interview interesante con Mgr. Bonomelli, obispo de Cremona.—(De *«Le XX Siècle»*, de Bruselas).

Albert von Ruville y su conversión al Catolicismo, por KARL.

Maurice Barrés y las iglesias de Francia, por R.

La Cuestión de la Moral Pública en Cataluña.

Un informe sobre nuestra decadencia moral — A propósito de la campaña pro-moralidad. — Un aspecto más, por L. FIGUERAS DOTI.

Notas bibliográficas

Publicació de Música Religiosa.—Edició SUBIRANA, por E. V.

Balades wagnerianes, de MANUEL MUNTANES y ROVIRA, por E. V.

Estudios Pedagógicos. — Historia de la Educación y la Pedagogía, del P. RAMÓN RUIZ AMADO, S. J., por R. R.

Mes de Mayo, del CARDENAL JUAN ENRIQUE NEWMAN, por V.

Última Obra de JOSÉ CARNER — “Verger de les Galanies”

Papel de hilo 5 Ptas.

La actualidad religiosa

Eucaristía

Acaban de celebrarse en toda España, con singular intensidad, las fiestas religiosas simultáneas con las solemnidades espléndidas con que ha sido oficialmente celebrado el Congreso Eucarístico de Madrid. El Rey, la Corte y el Gobierno, han dado, con su presencia, todavía mayor realce, no contribuyendo menos al mismo la presencia del Cardenal Legado del Papa y de un número extraordinario de Obispos y de representantes del clero regular y secular. Nos hablan los informes, de enormes concurrencias a las Comuniones y a las Procesiones, de la emoción de ciertos imponentes y majestuosos momentos y todo concuerda, sin descontar la paz y tranquilidad casi absoluta y el orden de las solemnidades, en reconocer que la de Madrid fué un acontecimiento grandioso y de resonancia.

Este acontecimiento nos alecciona una vez más sobre la existencia del *hecho religioso* en España y sobre sus relaciones con la vida nacional.

Si descontamos de la gran solemnidad eucarística toda la superestructura visible y fastuosa del «Catolicismo oficial», las conveniencias sociales y políticas, la «hidalgía», la religiosidad aristocrática y de buen tono, el empaque, y aun algún coeficiente no despreciable de hipocresía, todavía quedará en el fondo, un sedimento enorme de religiosidad individual, seria y no viciada, que con menos ostentaciones ha efectuado en toda España, mas modestamente su participación espiritual a la gran festividad Eucarística de Madrid.

No nos deslumbran las cifras y las retahílas de ceros ni creemos que sea en la brillantez y en lo aparatoso de estas solemnidades donde reside precisamente la realidad palpable del hecho religioso; pero hay realmente que llamar la atención de muchos ánimos hostiles hacia el hecho demostrado a toda luz, de que una cantidad muy considerable de habitantes de la nación encuentran en la práctica de los actos de una religión positiva algo que llena su espíritu, y que otra parte, mucho más considerable todavía, contempla con mayor ó menor frialdad este espectáculo; pero, aun sin participar al mismo no quiere ser tenida por expresa y definitivamente separada de él, ó lo que es igual: no quiere que la puerta de la religión

positiva se le cierre detrás suyo dejándole fuera.

El hecho religioso en España, la voluntad religiosa, es seria y respetable. Y en la festividad eucarística, la más pura é intensa de todos los actos religiosos católicos, se ha puesto notablemente en relieve. Y sobre todo los que han penetrado la razón del hecho religioso por debajo de los oropeles y de las oriflamas y de las músicas y de las pompas, han podido comprender, hoy más que nunca, lo insustituible, lo benéfico, lo íntimamente humano del ideal religioso concretado y quintaesenciado en la Eucaristía. El Sacramento es ofrecido no ya de un modo igual y con iguales garantías de eficacia á ricos y á pobres, á jóvenes y á viejos, sino á sabios y á ignorantes, á cultos y á analfabetos, á hombres modernos y á espíritus atrasados, á hombres de ciencia y á hidalgos retunfuñones, á señorones y á labriegos, á soldados y á niños, á hombres de claro entendimiento y á pobres idiotas, á hombres libres y á presos, á virtuosos y á reos y procesados, á sanos y á enfermos y moribundos, á reyes y á miserables pordioseros, y Dios no se niega á nadie viviente, con tal que esté dispuesto á recibirle con sinceridad. ¿Qué otra religión positiva puede ofrecer este beneficio universal, gratuito y eterno, á todas horas en que el hombre lo necesite; que sea sublimar el espíritu por filosofía puede satisfacer de un modo tan extenso, universal y completo á todos los hombres, sean cuales fuesen sus luces; qué sistema político, qué sistema de ideas, puede llenar la vida humana por grande y modesta y corto y que fuere, sino el Catolicismo que en estos días ha manifestado, que el esplendor apoteósico no le quita su poderosa gracia y eficacia intensa, su maravillosa é inigualable universalidad?

¿Quién ha meditado sobre estas cosas en España y quién de los beneficiados con este tesoro religioso ha sacado de él frutos para que el país refleje algo de la gracia que ha sido dispensada tan inefablemente á sus habitantes sinceramente religiosos?

¡Ah! El Sacramento, quintaesencia de la eficacia religiosa, resuelve el problema de la vida interna en cada hombre, por poquito que este ponga de sí: El Sacramento re-

genera y edifica á cada hombre en sí mismo, si éste se dispone humildemente á tal obra de regeneración y de edificación. Pero la acción religiosa sobre el individuo no obra por sí misma con igualdad de provecho: tiene su máximo y su mínimo de eficacia. El fin primordial de la Religión es, y debe ser, esencialmente individualista; la salvación eterna de las almas, y cada hombre viviente debe, ante todo y sobre todo, asegurar la suya.

Esto es el *mínimo* de la acción religiosa en los hombres. Los que atienden á la salvación de sí mismos, con exclusividad de todo otro fin, aprovechan únicamente la *mínima* eficacia; consiguen su objeto supremo; pero nada más. Pudiéramos decir que este Catolicismo cerrado en sí mismo, coloquial y místico, que tiene en Cataluña una gráfica expresión folklórica «*Deu y jo*» puede ser llamado Catolicismo individualista.

Mas, la humanidad ha progresado y se ha vuelto exigente. El hombre se ha ido elevando y enriqueciendo con mayor número de motivaciones, con una vida más complicada, ordenando sus atenciones y la solución de sus problemas múltiples en grandes conjunciones: la Ciudad, la Nación, el Estado. Y hoy no basta con que en el orden natural de las cosas y de la vida el hombre se baste á sí mismo; es necesario que tienda tanto, ó más, acaso, á estas conjunciones como á sí propia: tiene que resolver grandes problemas de todos los órdenes, *no ya* para sí mismo, sino para *él-con-los-demás*, para la colectividad, en bloque, para la Nación, el Estado, la Ciudad, la Humanidad. Tiene que resolver problemas para su Conciencia, pues su alma está ávida de conocer y de sentir, y su cerebro ávido de juzgar; para su vida; pues necesita hacer más llevadera y cómoda la suya, para sacar de ella todo el fruto; desea elevar cada día más y más su espíritu buscando anhelante las Causas de donde su vida procede; quiere fortificar más y más la trabazón y la solidez y consistencia de los conceptos de convergencia: la Nación, la Ciudad, el Estado, la Sociedad, la Humanidad, y en esta motivación social que el hombre llegado á etapas superiores en su civilización va adquiriendo, exige y aconseja que la Religión acerque, á tanta sed del Hombre, su inagotable y fresco caudal, y que las Religiones positivas, den su *máximo* de rendimiento, y que el Catolicismo, la más eficaz y humana de todas, sea—tomando la palabra en su sentido *filosófico socialista*.

Volviendo los ojos á España, pueblo que se ha dado en llamar—y yo lo creo así—genuinamente religioso, constataremos que el Catolicismo no rinde en los españoles más que la menor cantidad de frutos, y atiende exclusivamente al fin ultra terreno de cada sugeto. Cada español, de los que tienen mayor ó menor conciencia, —ó rudimento de conciencia religiosa,—atiende y no piensa más que en su propia salud eterna; pero en cuanto á la de los demás, parece desnaturalizarse su concepción religiosa, substituyéndola, en las normas de política, por groseras fórmulas coactivas. Y así es posible que, donde florece la piedad y la fe y hasta virtudes individuales, de un modo especial se distinga el país por su falta absoluta de virtudes sociales, de virtudes cívicas: que á un país de gente dispuesta á hacerse matar por la Fe, no sea posible gobernarle ni hacerle entrar en orden; que en un país que Dios mismo ha ofrecido mirar con predilección, se odien y se aborrezcan unos á otros los espa-

ñoles ansiando sólo aniquilarse y destrozar se entre sí; que en un país donde el culto católico ostente un esplendor ignorando en otras partes, sea un pueblo pobre y débil, juguete de las naciones fuertes, que marcha lenta y penosamente á la cola de los otros pueblos, no teniendo ante el mundo ni el prestigio de hacer valer y respetar la virtualidad de una vida religiosa cuya eficiencia civilizadora muchísimos obcecados al mirar á España ponen en duda.

El Catolicismo no ha hablado á los españoles más que de lo que se deben á sí mismos, y es hora ya de que les hable de lo que deben á sus afines, de lo que deben á los demás españoles, de lo que deben á España.

Nada hay para el hombre de tanto valor como la vida. Y por esto el vivir es el primero de los derechos y el primero de los deberes. La Religión ha procurado asegurar al hombre la eternidad de su vida y, por encima de todo y á pesar de todo, le ha inculcado el deber y el derecho de vivir eternamente. Todo ser viviente posee este derecho á la eternidad, y como que *viven* los sabios y *viven* los ignorantes, y tanto *vive* un hombre fuerte y poderoso como un imbecil é idiota, la religión no ha excluido á los ignorantes, ni á los débiles, ni á los salvajes, ni á los imbeciles, ni á los idiotas, ni á los analfabetos, pues todos, por el hecho de *vivir*, de poseer una vida que les ha sido concedida de lo alto, tienen derecho á la sempiternidad. Esta es la misión eterna y esencial, la verdadera misión transcendental de la Religión.

Pero cuando se trata de convertir al ignorante en sabio, al débil en fuerte, al salvaje en civilizado, al imbecil en consciente, al idiota en hombre sano, al analfabeto en culto, al miserable en rico, al enfermo en robusto, entonces para estos fines, dejados á la libertad y al esfuerzo progresivo del hombre para su propia edificación y merecimiento, la Religión ha figurado en su realización de un modo más secundario, puesto que por grandes que fuesen tales finalidades, su realización es negocio temporal, material, *social*.

No ha sentido, por lo tanto, durante largas épocas históricas, la necesidad de dar al pueblo una cultura, ni tampoco puede haber salido directamente de su seno la iniciativa de muchas grandes reformas del orden temporal que la humanidad ha ido alcanzando con el tiempo, unas y otras sin el concurso religioso, concurso que ha prestado ó negado conforme á las vicisitudes de los hombres que la han profesado.

Es decir, que el Catolicismo SIEMPRE ha atendido á lo primero, á lo esencial, á lo *individual*; pero en cuanto á lo *social*, la religión, moviéndose en una esfera principalmente humana, ha estado sujeta á las variaciones, debilidades y alternativas de los hombres, y sería negar lo evidente afirmar que la eficacia social del Catolicismo ha sido siempre á la altura de las necesidades temporales humanas. Y he aquí explicada la causa de la aparente contradicción que tanto desconcierta á los católicos sinceros y que tanto ofusca y perturba á los desconocedores de nuestra Religión: el esplendor católico y el atraso social en España.

No negamos que el Catolicismo ha cumplido históricamente una misión defensiva de lo fundamental de la sociedad, de lo que es la clave de la bóveda social: la familia, y, en este concepto, sí ha hecho obra

social. Pero también es cierto que, concentrando su atención en la salvación de aquella piedra angular del edificio, ha dejado á éste desmoronarse por otros costados; influenciado por los vicios nacionales, no ha contribuido á la solución de problemas, no ha cooperado á motivaciones nobles y legítimas de la humanidad, no ha atendido más que á salvar almas, sin ocuparse de los cuerpos y de los espíritus.

Ni negamos tampoco que la ecuación de las funciones del Catolicismo, junto con las demás motivaciones de civilización, arroja, sin duda, en España, un producto moral neto mayor que en otras naciones; pero el mismo desequilibrio entre este producto y las enormes brechas en su muralla defensiva, que el Catolicismo sólo en un lado se ha cuidado de cerrar, lo ponen evidentemente en tanto mayor compromiso, en tanto mayor peligro de pérdida ó degradación, como venimos observando, p. e., en la esfera de la moral pública.

Por efecto de esta ofuscación, que por un igual cubre las frentes de los católicos y de los sectarios, ha sido substituída con un fantasma la visión objetiva de la Religión; en cuanto ésta era proyectada fuera del coloquio personalísimo de la salvación individual. Defensores y detractores se han equivocado sobre la naturaleza de la Religión y mientras éstos acusaban con relativa injusticia al Catolicismo de *no ser social*, los primeros, confirmando la equivocación de los segundos, ó se encastillaban todavía más en su individualismo religioso excluyendo de la eficacia personal toda norma ó obligación de cohesión, disciplina social, convivencia y constitución nacional, ó bien se precipitaban, sugestionados por el equívoco, corriendo á improvisar una acción social en sentido puramente económico y más concretamente obrerista, saliendo á tajar la boca de los adversarios con un pedazo de pan.

Repitamos.

Existe un *hecho religioso* en España, positivo, innegable, consistente en que una gran parte de la nación se encuentra satisfecha por el Catolicismo, y en que otra gran parte aún sin participar de esta satisfacción, convive con ella.

Pero existe también un *hecho antirreligioso* no menos positivo, no menos innegable, y consiste en que una más ó menos numerosa parte no admite la convivencia con la Religión positiva y se propone combatirla y expulsarla, impidiendo á la otra porción de españoles la satisfacción de la vida espiritual católica. Pero éstos, á su vez, no aceptan la convivencia con los representantes de aquel hecho y desean ahuyentarlos y exterminarlos. Este mútuo deseo de exterminio tiene hundida la nación en un piélago inmenso de confusiones.

Los sistemáticos partidarios de la disolución de las creencias y de la organización religiosa, los que se complacen en sueños de coacción sobre las conciencias, los que quieren, de un lado en nombre de la Cultura suprimir la enseñanza religiosa privada en el de la Conciencia y, de otro lado, suprimir la enseñanza religiosa pública, y alterar y sacudir y remover este estado de *satisfacción interna* que el Catolicismo ofrece á hombres libres y á ciudadanos conscientes, pueden considerar, después del Congreso Eucarístico, que si después de la Revolución Francesa y de la enciclopedia y de las revoluciones y repúblicas y matanzas y persecuciones, existen toda-

vía ciudadanos dotados de razón que acatan á la Iglesia y siguen con convicción y satisfacción, por lo menos no menor, á la que siguen las masas sectarias á sus propias banderas, no existe derecho alguno para impedir, en nombre de nadie ni de nada, la satisfacción de una necesidad de índole no material. Es penosísima la mentalidad que dicta la actitud de prohombres republicanos pretendiendo impedir tal ó cual manifestación, tal ó cual acto ó costumbre del culto, sin otra razón que la *real gana* del individuo erigido *per se* en rey ó en imperator. ¿Puede, seriamente ocurrirse á alguien ir á países pañanos, á la India inglesa ó á la China, á impedir el culto brahmánico, budista ó confucista, y, sin más razón que la disconformidad personal, excitar al asesinato de los bonzos y de los brahmanes y al incendio y destrucción de los ídolos y de los templos, ó tan siquiera á su expulsión? Por desagradable que para un espíritu convenientemente irreligioso, sea el espectáculo de la profesión religiosa por millares ó por millones de hombres en una nación, solamente una aberración cerebral puede aconsejar la violencia para hacer cesar dicho espectáculo. Esta aberración cerebral es lo que, hija de la espantosa falta de educación humana y del tristísimo desconocimiento de la religión, viene gobernando é influyendo en las masas sectarias. Un ejemplo de ello nos lo dá un ejemplar de un periódico republicano de Barcelona, en el cual, al tratar de la pasividad con que sus correligionarios madrileños toleraron la celebración eucarística, viene á acusarlos de cobardía, hipocresía, complisidad, etc. ¡Claro está! Lo que este amable periódico hubiera querido, era que los republicanos madrileños se hubiesen arrojado encima de las procesiones, pasando á degüello á obispos y á católicos, destruyendo el sacramento y asesinando al jefe y ministros del Gobierno si les hubiesen venido á mano; y esto sin otra razón que la antipatía ó el odio: solamente así estaría á salvo el honor y la dignidad del republicanismo radical. Para que á la mañana siguiente una reacción hubiese lanzado á los hidalgos á la calle y se hubiese lavado la sangre del día anterior con una degollina general de republicanos y con el saqueo é incendio de locales, casinos y periódicos. Porque no menos enérgicos y expeditivos son los ideales de muchos de los defensores actuales del Catolicismo en España.

En Barcelona, salvo muy pocas excepciones, todas las Iglesias, Templos y casas conventuales destruidas en la semana de julio 1909, han sido ya reconstruidas, y á pesar de la modestia que ha presidido generalmente á las reedificaciones, no puede dejar de valorarse estas en bastantes millones, que han salido espontánea y libremente de las cajas particulares de los fieles. Después de esto, ¿se negará todavía el *hecho religioso* de España y el *derecho de vivir* de los ciudadanos poseedores de mente religiosa?

El *hecho religioso* no puede ser negado ni por lo tanto se puede obrar contra ó á espaldas del mismo. Ni siquiera existe el derecho de justificar esta negación invocando la insinceridad, la indiferencia, la hipocresía, la degradación misma con que la conciencia religiosa puede aparecer en muchos de los ciudadanos. ¿Acaso no existe insinceridad, indiferencia, degradación y hasta hipocresía en las masas republicanas y anticlericales?

Esta realidad religiosa es lo que no se po-

drá arrancar jamás por mucho que se combata y persiga; aún sepultada en tierra, volverá á salir en una ú otra forma y sedoblegrará y se esconderá y se atomizará y se reducirá sin que se evapore nunca; y atormentada en un sitio, caerá en otro, acosada aquí, aparecerá allí, y contra el imborrable sedimento religioso se mellarán todas las armas y se cansarán todos los brazos. Ya lo véis. Sube la República en Portugal, y como chicos mal educados al salir de la escuela, atropellan con ridículo furor á todas las manifestaciones del *hecho religioso* y se entregan á un *delirium tremens* anticlerical: y al día siguiente, conspirase ya en nombre de la religión oprimida, y el sentimiento concentrado es como una taraza que minará, por fuertes que parezcan las columnas del edificio republicano, *so pena de que éste reconozca el hecho religioso y conviva con él mismo*.

¿Quién no se ha conmovido al leer en Goyau (1) las vicisitudes que la Iglesia Católica alemana atravesó bajo la tiranía genuinamente prusiana de Bismarck? en el período de 1875 á 1878, cuando el promotor del *Culturkampf* proponíase imponer los que algunos han soñado para España: la religión estatista?

Llenábanse las cárceles de Sacerdotes y Obispos, y, en pleno siglo XIX, reproducíanse las escenas de los primeros cristianos en las catacumbas, ya que sólo á hurtadillas de la rigurosísima vigilancia, podían los divinos oficios ser celebrados en los bosques ó en los interiores bien resguardados, de casas amigas, por curas perseguidos; y los celosos ministros inventaban mil estratagemas para cumplir los preceptos dominicales y pascuales burlando la policía... ¡Y al cabo de unos años, el *Zentrum* católico se levantaba frente al Canciller de Hierro como otro gigante!

Pero, ¿por qué ir tan lejos, si los mismos izquierdistas nos ahorran el camino? Véase, léase y medítese lo que D. Luis de Zulueta escribe desde París á *La Publicidad*, y nos otros reproducimos en este número ¡Volva mos á decir: después de la Enciclopedia, después de la declaración de los Derechos del Hombre, después de la Revolución francesa, después de 1818, después de la denominación de la burguesía judía y anticlerical de la segunda república, después de Gambetta y de Hugo y de Jules Ferry y de la neutralización de la escuela pública y de la separación de la Iglesia y del Estado y de la desafección de bienes y de la prohibición

(1) Bismarck et l'Episcopat.—Georges Goyau.—«Revue des Deux Mondes».—15 mayo 1911.

de la enseñanza congregacionista y de la expulsión de órdenes religiosas de 1880 y de 1906, resulta ahora que los anticlericales NO SABEN QUE HACER para deshacerse de los católicos, y que las escuelas religiosas reaparecen invariablemente después del cierre oficial y se ven llenas y concurridas, y... no concibiendo otro medio que una persecución neroniana, y siendo esto absurdo por lo imposible y por lo ineficaz, tienen que confiar la consecución de sus ideales de neutralización completa de la nación... á la propaganda y á la acción de las ideas, tal como en los buenos tiempos de Voltaire y de Rousseau! Aquí viene bien aquello de

¿Y para ver tal situación se armó la gran revolución?

Y es que no hay ejemplo en la historia ni en la vida contemporánea, de que un pueblo haya perdido la religión. La historia nos muestra el ejemplo de los pueblos que cambiaron de ideal religioso; pero no hay antecedente alguno de que se haya abandonado jamás la religión gratuitamente. Porque, vamos á cuentas ¿á cambio de qué deberían los españoles abandonar el Catolicismo? ¿Puede alguien contestar á esta pregunta?

Aquí viene á cuento intercambiar un párrafo de un semanario republicano.

«Es tiempo perdido el que dedica el buen señor Graell á esta propaganda. Las religiones positivas y la católica, más pronto que otra alguna, están destinadas á desaparecer. Querer hacer de una idealidad religiosa en plena decadencia la base del movimiento operario y de las relaciones sociales, es una inútil tarea. Es cierto que las relaciones, al retroceder, van dejando un vacío en las almas humanas. Pero este vacío, que realmente convendría llenar, no se llenará con las viejas religiones eclesiásticas y supersticiosas. La sociedad actual está perdiendo la fe; son á millares y á millones los hombres que la han perdido; y lo dijo P. y Marguerite la fe es como la virginidad que una vez perdida ya no se vuelve á recuperar.

Si hay que dar una idealidad, una realidad, si se quiere, al movimiento obrero. Pero una idealidad, una religiosidad que muera. Delante de este problema espiritual, no puede decir: «No sé donde está la verdad; pero sé que en las religiones positivas no está.»

(Wifret, sobre una conferencia. *La Esquella de la Torrada* 7 Abril 1911.

Es graciosa la frescura del articulista. ¡No parece sino que la pérdida del ideal religioso no tenga más importancia que la del pañuelo del bolsillo! Por poco que hubiese reflexionado hubiera notado que la, bastante justa por cierto, comparación con la pérdida de la virginidad, es cosa más inquietante y preocupante en cuanto á su decisiva influencia en la vida humana y en el destino y motivación del hombre, aun sobre la tierra misma, de lo que el escritor parece deducir. Por poco que hubiese meditado hubiera visto que, así como la pérdida de la integridad de pureza es un *pecado biológico* que la naturaleza misma castiga dura, terrible é inexorablemente, sin que nada pueda detener su automática sanción, así la pérdida de la integridad religiosa es automática y bio-

— GRAN BALNEARIO DE ESPLUGA DE FRANCOLÍ —

Estación de Ferrocarril — Provincia de Tarragona — Cerca del célebre «Monasterio de Poblet»

Agua Ferrosa Bicarbonatada Radioactiva, cura la Cloroanemia, Debilidad general, Dispepsias Atónicas, etc., siendo soberana para facilitar el desarrollo de las jóvenes.

HOTEL VILLA INGRACIA
DE PRIMER ORDEN

ABIERTO HASTA FIN DE SEPTIEMBRE

CHALETS AMUEBLADOS
DE TODOS PRECIOS



BAÑOS

HIDROTERAPIA

MAGNÍFICAS EXCURSIONES

ILUMINACIÓN ELÉCTRICA

Informes y alquiler de Chalets en Barcelona, calle del Bruch, 114, pral. - Teléfono núm. 3782

lógicamente castigada por la caída inexorable en el abismo tenebroso y sin fondo del materialismo, de la esclavitud de la materia sin que se le permita al caído ni levantar la cabeza, puesto que en el menor impulso de elevación, de redención, ya existiría un anhelo religioso, que podría conducirle allí de donde huyó.

Vamos á ver: ¿qué pueden ofrecer al pueblo los izquierdistas y los sectarios en substitución de la Eucaristía? Pero, ¿qué digo yo, Sacramento, si ni siquiera pueden ofrecerle una Doctrina?

¿Hay, por ejemplo, posibilidad de convertir en cuerpo de doctrina equivalente al cristiano, todo el amontonamiento incoherente de sistemas, opiniones, afirmaciones y negaciones, pareceres, invectivas, proclamas, teorías, abstracciones, que componen la literatura del izquierdismo español? ¿Es siquiera serio pensar que esto puede llenar el alma popular? ¿O hay que negar la ciudadanía al inculto, al analfabeto, al incapaz de comprender teorías, ideas, pareceres y abstracciones? ¿Es que de hecho pueden los sistemas pseudoreligiosos-racionalistas, ser otra cosa que una vaga teosofía para uso de una Peña de iniciados? ¿Vamos á convertir la religión en un diletantismo intelectual? ¿O hay que esperar primero que sea nuestro país una nación de veinte millones de doctores en Filosofía y Letras capaces de tomar por religión cualquier cosa? Y aun así, ¿podrían inventar algo que fuese tan sublime, de consuelo tan eficaz é íntimo, de paz tan segura, de verdad tan absoluta, de elevación tan inefable, que descendiese tan rica y amorosa al rico como al pobre, al sabio como al rudo, al enfermo como al niño, al moribundo como al alienado, al cuerdo como al imbécil, al más eminente héroe como al último y más miserable pordiosero, dando á todos ellos igual gracia, igual garantía de eternidad? ¿Qué contestan á ello los izquierdistas?

Lo que hay, es que el Catolicismo español ha atendido solamente á la conservación del *mínimo esencial* en sus fieles, y se ha mostrado tan celoso mantenedor de este depósito individual, que se ha creído desligado de toda su virtualidad expansiva y de su poder mismo de multiplicación, de naturaleza divina, olvidando ó dejando por secundaria y por *arcaica* (sic) su misión apostólica y evangelizante. Vuelto de espaldas á la vida de relación, al movimiento y á los debates y á los quehaceres mismos de la vida, ha dejado de intervenir en ellos con su luz, hasta el punto que no sólo ha dejado crecer pavorosamente en el campo religioso las malas hierbas de la ineducación, de los instintos rudos y crueles, de la apatía y de abulia, del individualismo feroz, de la friolidad, de la vanidad, del egoísmo, de la falsa moral, modulaciones de ciertos estados de inequilibrio hijos de una noción religiosa incompleta y mezquina, verdaderos *pecados veniales* que, á pesar de su lenidad individual al ser proyectados en la colectividad, han resultado *mortales* de necesidad, en virtud de los singulares fenómenos originarios del doblamiento social del individuo, por los cuales se convierten en faltas imperceptibles de los hombres en vicios fun-

No hay duda que salva su alma el *hidalgo* que con su buena fe religiosa quiere curar con disparos de Browning las calamidades que afligen al país y á la Iglesia, el conservador que vota en blanco ó que se abstie-

nepara no favorecer á los desconocedores de la Iglesia el que sueña con desguiciamientos catastróficos del Estado, para levantar triunfante... sobre ruinas la Cruz de Cristo, el que se erige á sí mismo en Papa y delata y acusa herejes y modernistas á los que no creen con su misma fe personal ó no sienten los mismos arranques bélicos ó el que en vez de convencer á los adversarios en cualquier punto les llena de injurias y trágicas, el *apologista* que reparte hojas piadosas en que se pinta al ateo con la *afigie* peluda de *Rama-Sama* y á los anticlericales con cabezas de asno y patas de buey (tengo los dibujitos á la vista), y hasta el que partiendo del principio de que también los tontos pueden salvarse, no siente estímulos de moverse de un lugar para el seguro, y excomulga en lo interior de su corazón á los que se entregan al demoníaco extravío de hacer funcionar el cerebro... los que se defienden mentalmente de la turbación producida por la supina ignorancia del mundo y de la vida viendo demonios en todas partes y descubriendo *imptos, herejes, masones é hijos de Satanás* en una especie de persecución religiosa, en todo lo que no conoce ó en todo lo que no entiende.

Y ¿no ha de salvar su alma, acaso, el excelente sacerdote que en plena plática eucarística invocaba á la Muerte para librarse del doloroso espectáculo de los escarnios y vituperios antirreligiosos de nuestros días, ni el burgués católico-practicante que sabe un remedio precioso y eficaz para los desórdenes sociales: el Palo, ni el usurpador de las funciones de la Provincia, que señala por castigos del Cielo cualquiera *fait divers* que ocurra en el extranjero y se alegra sin rebozo de la trágica muerte de algún ministro francés y de las pérdidas de buques de la vecina república, ni el *delegado* de la justicia eterna que quisiera ser Torquemada para ver retorcerse en el tormento á anarquistas y á anticlericales y carbonarios y entona á voz llena y vehemente el *Ruja el infierno*, el genuino *trágala* de los católicos hidalgos españoles?

La viña del Señor es rica; pero ¿por qué no dá en España mas frutos que estos, ó poco más? Y conste que este mosaico lo he compuesto *solamente* con tipos religiosos *sinceros*, en los cuales la Eucaristía ha obrado (y sería herético pensar otra cosa) saludable eficacia *individual*. ¡Ya que no hablamos de la masa enorme de indiferentes y circumcáticos de todos los matices, de los que sustentan como una *ilusión* la dormida realidad católica en el sopor de sus conciencias aletargadas!

¿Por qué el Catolicismo pues, no habría de entrar en juego con todas sus enormes reservas de energía y de riqueza espiritual y humana? ¿Por qué no haría que los individuos, *además de salvar su alma*, articulasen todas sus facultades, despertasen sus conciencias, entrasen en actividad con todas sus potencias y diesen de sí todo lo que Dios ha dado al hombre para que le sirva de provecho á él y sus semejantes? ¿Por qué, en la Eucaristía, además de la confortación y el consuelo íntimo y personal no debiéramos ver la fuerza imperativa que nos mandase hacer funcionar toda nuestra inteligencia, sacando del mundo y de la vida y del espíritu y de la ciencia y de lo desconocido y de lo inexplorado, gloria para Dios y provecho y progreso para los demás hombres, y regir todas nuestras acciones por la pura ley de justicia social que la Religión contiene, en virtud de lo cual amásemos como hermanos

á los hombres y especialmente á nuestro *afines* nacionales, y gobernarnos en toda ocasión por la disciplina de lo conciencia social y llevar al campo social las virtudes privadas de la cohesión, de la humildad, de la continencia y de la perseverancia, y en vez de conservar del individuo toda esta enorme superestructura de venialidad tolerada y indulgenciada, se le hiciese ver que la mejora individual y el bien social, exige *la pureza rigurosa, la impecabilidad absoluta?*

Sobre todo, en el campo de la inteligencia es en donde hemos de esperar mejores y más sabrosos frutos de la virtualidad de la Eucaristía. Y es este el terreno que, según tradición y fama, mayores rodeos hacen para evitar pisarlo los católicos. La religión es sentimental, no es razonada entre nosotros, y esto explica sus fracasos en muchos órdenes de índole temporal. Precisamente lo que el hombre tiene hoy en más aprecio, es su inteligencia, y este mismo prestigio de lo intelectual es el mayor homenaje—inconsciente muchas veces—á Dios Creador, porque el hombre se siente elevado y en uso de las facultades más superiores que El otorgó á imagen de Su atributo más divino,—si esta ponderación cabe—la Conciencia. El pueblo busca ideas, y la virtualidad de la idea se demuestra en que con cuatro ideas de mala calidad es con lo que se hace vacilar la fe y debilitar el sentimiento de los que no tienen en su cerebro idea alguna, porque se ha cultivado en su cerebro sólo lo superideal: lo sobrenatural: la Fe, sin darle fundamento ni apoyo en sistema ideal alguno. Lo ilusorio de nuestra vida religiosa y casi todos los males y desviaciones que lamentamos, proceden de la gran miseria intelectual de nuestro Catolicismo individualista, para el cual, realmente, la Fe basta.

Para que se vea hasta qué punto ha llegado en el campo católico español el horror al cerebro pensante, daré cuenta de un folleto que recibí, hace pocos días, anunciando una nueva revista redactada por jovencitos de los primeros cursos de la Universidad; y como el espíritu que informa dicho documento no pueden haberlo adquirido evidentemente los interesados por experiencia y formación propia, resulta patente que es producto de sugerencias del ambiente:

«Nos dirigimos... á los Ministros de Dios, que velan por la salud de la inteligencia, infeccionada hoy día por un número de microbios que se esconden bajo el nombre de INTELLECTUALISMO...» (1)

¡A qué extremos se ha llegado en España, y cuán desdichado es nuestro país bajo la influencia de estas mentalidades inmóviles, en *conserva*, ó *de museo*, como dijo el otro! Es decir: renunciemos al cultivo de la inteligencia y de la Razón, porque no es por aquí el camino de la Religión; como si nada tuviese que ver el Catolicismo con su formación mental donde puede reposar, y gobernar al individuo y la vida. Se ha interpretado lo sobrenatural, lo super-racional por a-racional, y sin ver de la conciencia religiosa más que lo divino, y nada de lo

(1) Con frecuencia esmalta la prosa de ciertos excelentes cofrades de la «Buena Prensa» benévolas alusiones y retenciones dedicadas á «esos intelectuales», «esos pedantes», y concretando personalmente, á veces: «esos xenófobos». Claro está: para honrar á Dios es superfluo y peligroso el uso de la inteligencia. Basta con la boca para gritar y protestar y con el revólver para convencer. Ya hablaremos otro día más extensamente sobre este punto. Cuando este artículo vea la luz pública no faltarán ojos caritativos que lo repasarán ávidamente, ansiosos de poder denunciarlo por heterodoxo á la autoridad competente, á pesar de lo cual pienso quedará defraudadas sus esperanzas. Recuérdese lo que el abate Mr. Lugan escribió en la «Chronique Sociale de France» y nuestra revista reprodujo (núm. 175) sobre este peculiar estado de ánimo de muchos católicos en este país.

humano, no preocupa nada el que nuestra religión sea tenida por muchos como irracional.

Y esto explica el abandono total en que se ha dejado en España á la actividad fundamental del Catolicismo, la apologética, el apostolado social, la multiplicación cristiana, la educación religiosa y, sobre todo, la educación moral y cívica bajo la especie de lo religioso ó de lo eterno. Una repugnancia invencible, un terror pánico al ejercicio de la Razón humana, ha coartado á los espíritus, y hasta hoy los sectarios y los anticlericales han venido enorgulleciéndose á costa de los católicos, ostentando ufanos un falso prestigio de lo Racional, bandera que los católicos se han dejado arrebatar y que no sienten interés alguno para reconquistar.

Hoy es característico de los católicos españoles cerrar los ojos á los hechos y los oídos á las palabras y la razón al examen de lo que hacen ó dicen los enemigos de la Iglesia; pues temen contaminarse con la vista de un «hijo del diablo» allí donde no hay más que un ignorante, un desgraciado que implora y se debata por un poco de Luz que le negamos. ¡Ah, señores! ¡Tengo á la vista multitud de escritos que han aparecido en la prensa de Barcelona desde 1º de año, de contenido doctrinario (es decir ideológico) antirreligioso, anticatólico ó simplemente anticlerical! Esto es la alimentación espiritual del pueblo en un país dicho católico. Y contra estos ataques injustos, y contra los sofismas y los errores y las perversiones y las corrupciones, casi nunca, sino por rara casualidad sale un artículo de *defensa doctrinal*, de refutación. Mucho chillan y alborotan los católicos desde su «prensa oficial», generalmente contra los gobernantes, pero no se distingue su estructura y dirección política y valor social, de los diarios sectarios, quienes son también escritos «contra los gobernantes», y en los cuales tampoco se educa al pueblo ni se tiende á mejorar á los individuos; y tan anodinos y vacíos resultan aquéllos que por poco que el lector afine su entendimiento ó nutra su cultura personal, inmediatamente dejan de llenar su espíritu, dejan de interesarle. Solamente, repito, se distinguen los sectarios por sus agresiones antirreligiosas en el terreno intelectual. Y mientras los católicos abominan, como hemos visto, de este nombre terrible, sin ver la eficacia y el beneficio inmenso que la Religión recibe y ha recibido y recibirá siempre de los *intelectuales católicos*, y que cada vez necesitará de ellos con mayor premura, dejan que impunemente las ideas sectarias—de deleznable consistencia mental en el fondo—se vayan apoderando del proletariado y de la juventud (1). El pueblo no conoce la Religión y por esto la odia; hagámosela conocer y esta será la más grande obra social que sólo el Catolicismo integral, el Catolicismo *máximo*, puede y debe realizar.

**

(1) Por ejemplo: el católico español, está absolutamente indocumentado sobre la vida religiosa en el extranjero, y desconoce los avances y retrocesos del Catolicismo en otros países, no pudiendo sacar por lo tanto confortación de aquéllos ni saludable lección de los últimos. Y así, se deja el campo libre á los izquierdistas, quienes aprovechan, naturalmente, en beneficio de sus intereses, las informaciones y noticias de lo que ocurre en el mundo religioso internacional. ¿Con qué derecho, por ejemplo, nos lamentaríamos de que nuestro distinguido amigo, D. Manuel de Montoliu, haya informado á los lectores de *El Poble Catalá* sobre el Pastor Jatho, (del cual hablaremos también nosotros en un número próximo) y sobre el juramento antimodernista y no les haya dicho una palabra de la conversión al Catolicismo del Profesor Von Ruville, catedrático de la Universidad de Halle, donde él mismo estudió, si aquí los periódicos católicos tampoco han hablado una palabra de esta famosa y reciente conversión, de valor edificativo mucho más eficaz que diez campañas contra el Sr. Canalejas ó contra el Gobernador de Barcelona?

No quiero concluir este artículo sin rendir un homenaje expreso á la conmemoración eucarística, con la primera estrofa del hermosísimo canto litúrgico, una de las más bellas que la Iglesia entona:

*Sacris solemnitis
juncta sint gaudia
et ex precordiis
sonent praeconia;
recedant vetera
nova sint omnia
corda, voces et opera.*

En estos tres últimos admirable versos está contenida toda la ciencia pragmática del Catolicismo, toda la virtualidad riquísima de la religión divina. Todos lo pronuncian y lo entonan; pero ¡cuán pocos entienden su fortificante y humano sentido! *Recedant vetera, nova sint omnia: corda, voces et opera.*

Abandonemos lo viejo y sean nuevas todas las cosas: los Corazones, las Palabras y

las Obras. Es la lección constante y eterna del Catolicismo, la Norma cotidiana: lo viejo es el pecado, es lo que nos une con la naturaleza, es lo vicioso, los instintos, el individualismo antisocial, los vicios, los defectos, las pasiones, las rebeldías, el orgullo, la insolidaridad, el egoísmo, la indiciplina, el fanatismo; lo nuevo es lo puro, las virtudes, la humildad, la perseverancia, la cohesión social, la austeridad, la disciplina, la bondad; todo lo cual recibe diariamente la orden que nos viene de arriba, de renovarlo, de purificarlo, de revisarlo, de vivificarlo, para que no envejezca y muera lo bueno dentro de nos otros mismos. Esta *renovación* de corazones, de palabras y de obras, esta renovación y mejoramiento de los individuos y de la colectividad hispánica, debería ser el fruto social que los católicos españoles hubiesen sacado de la fiesta eucarística.

R. RUCABADO

La cuestión religiosa en el extranjero

El clericalismo en Francia

Ineficacia de la coacción

(De La Publicidad)

La otra vez que estuve en París, hace ya cuatro ó cinco años, se discutía en la Cámara el proyecto de ley contra la enseñanza de las Congregaciones. No recuerdo la letra, pero el espíritu de la ley consistía en prohibir absolutamente el ejercicio de la enseñanza á todos los miembros de las congregaciones y órdenes religiosos.

Yo asistí á aquellas sesiones parlamentarias con una emoción dramática. En realidad fué un verdadero drama histórico lo que se desarrolló en el hemiciclo del Palais-Bourbon.

Como espectáculo, además, resultaba hermoso. Los diputados interrumpían, gritaban, protestaban turbulentamente ó aplaudían de la manera más ruidosa, con esa movilidad de la Cámara francesa, que hace pensar en las antiguas asambleas de la plaza ateniense ó del Foro romano. *Silence, messieurs, s'il vous plait...* vocaban, según es costumbre los ujieres; y á duras penas si el austero M. Brisson, puesto en pie sobre su estrado presidencial, lograba dominar el tumulto con todo el prestigio de sus barbas blancas y de su historia inmaculada.

El problema era imponente. La mitad de la Francia futura se estaba incubando en los conventos. Sólo los Hermanos de la Doctrina Cristiana tenían en Francia unos diez mil religiosos dedicados á la enseñanza.

¿Qué hacer? Substituir en el acto ese personal por maestros laicos de espíritu libre y orientación moderna; cerrar las escuelas congregacionistas; modificar la conciencia francesa bruscamente, jacobinamente, mediante la fuerza coactiva de la ley.

El enseñar no es uno de los derechos del hombre, sino una profesión que el Estado debe regular y no permitir sin ciertas garantías. No las ofrecen las personas que se han ligado por votos perpetuos y viven fuera de la libre normalidad ciudadana. Este punto de vista fué brillantemente expuesto y defendido en aquellos debates.

Combes aportó á ellos la claridad de su entendimiento preciso y un poco limitado; Fernando Buisson, su autoridad pedagógica; Jaurés, el huracán de su vehemente elocuencia.

En vano las derechas se defendían; en vano, desde el centro, M. Ribot invocó la tradición del viejo liberalismo: la ley se votó.

Luego se han ido votando otras, cada vez más radicales. No basta con que los frailes y las monjas no enseñen: es preciso que no subsistan en Francia. Después de su expulsión oficial, un paso más: la separación de las iglesias y el Estado. Con esto se ha llegado al término. La ley ya no puede hacer otra cosa para emancipar la conciencia colectiva y conseguir esa unidad moral de que tanto hablan las izquierdas francesas.

Políticamente han triunfado éstas en toda la línea. Pero, en el fondo de la vida social, ¿logran lo que se proponían? Hace unos años, encontré á los radicales, á los socialistas sus aliados, en el entusiasmo de la lucha y en los alegres augurios del triunfo. Ya han triunfado. ¿Cómo se sienten ahora?

Es imposible negar que un profundo descontento palpita en el seno de la democracia francesa. Muchos espíritus refinados, elegantes, esteticistas, van desdiciendo el anticlericalismo como cosa de mal gusto. Las clases obreras, por otra parte, se rien de esos radicalismos gubernamentales y tienden á una destrucción del Estado, de la que bien pudiera salir un nuevo tipo de Estado. La gente joven sueña con fundar otros partidos distintos de los existentes, y, aun dentro de estos mismos, se entiende entre sí para intentar, sobre bases más modernas, una reorganización de la República. Y los republicanos del corte de Clemenceau y de Briand atraviesan una crisis interna de desaliento ante lo que podríamos llamar la esterilidad de su victoria.

La coacción material de la ley ha resultado ineficaz. Se prohíbe á los frailes que enseñen. ¿Qué importa! Los frailes introducen en sus colegios unos cuantos seglares á su devoción, frailes sin tonsura y con todos los títulos académicos, y esos son los que dan oficialmente las clases.

Se suprimen las órdenes religiosas. ¿Lo mismo dá! Se han suprimido sólo en el papel. Frailes y monjas se quitan los hábitos, cierran sus conventos y se reúnen en una sala para los rezos, prácticas y vida, según sus reglas y estatutos. ¿Cómo se va legalmente á impedir que algunos ciudadanos franceses se congreguen por las tardes en una casa particular? Todo continúa como antes, pero con el entusiasmo y fervor de lo clandestino: cualquier salón profano

toma un aire de Catacumbas que lo hace más devoto que la clausura conventual.

¿Qué hacer? repito. Quedan dos caminos: uno, la persecución; el otro, cruzarse de brazos. El Gobierno de la República parece inclinarse más bien á este último. Los tiempos son de blanda y apacible tolerancia: ni los obispos, especie de funcionarios retirados en *robe violette*, tienen sed del martirio; ni los ministros laicistas, burgueses de buen humor, se sienten émulos de Nerón y Diocleciano.

Lo cierto es que no dejan de desfilar por las calles de París colegios de niños y de niñas, acompañados por Hermanos de negros hábitos ó por Hermanas de blancas tocas —¿Y la famosa escuela de los jesuitas? preguntamos.—Subsiste, aunque con profesores seculares; pero, sabe usted, siempre en el mismo espíritu.—Conozco un joven que acaba de terminar sus estudios en un establecimiento religioso.—En total, me decía, nos quedamos sin clase cinco ó seis días, no más de una semana, durante «la persecución»: luego, todo ha seguido como antes.

Y es que la coacción legal resulta impotente en estas cuestiones de conciencia. ¡La unidad moral del país! Hermoso ideal, pero que no se impone por decreto. Lo que es moral no puede nacer de la coacción del poder público. La coacción será, en todo caso,—yo lo dudo—característica del Derecho. Pero donde empieza la coacción, acaba la Moral. El postulado de ésta es la libertad.

El Estado tiene, aparte de su función coactiva, una función pedagógica-social mucho más importante. Si Francia reformara sus mediocres escuelas públicas, llevando á la enseñanza oficial, no sólo una gran perfección técnica, sino un soplo de entusiasmo idealista, un ambiente de elevación y de gracia, de arte y de virtud, habría hecho por la unidad moral y por la libertad de pensamiento, mucho más que con todas las leyes anticongregacionistas.

Y entonces, sin necesidad de leyes que no se cumplen, el progreso natural de las ideas iría extendiendo poco á poco el radio de acción de las escuelas oficiales, y la confianza del país acabaría por conceder, de hecho, al Estado, un verdadero monopolio de la educación nacional.

LUIS DE ZULUETA

París, junio de 1911.

La Cuestión religiosa == en Alemania según Manuel de Montoliu

(De *El Poble Catala*)

El juramento antimodernista

I

La excitación que el juramento antimodernista recientemente exigido por Pío X á los clérigos católicos está produciendo en los círculos intelectuales de Alemania, ha llegado hasta un punto muy grave y no sería extraño que acarrearase consecuencias transcendentales. Para decirlo en una palabra, las Facultades de Teología Católica de las Universidades del Imperio Alemán, se están jugando ahora la existencia. La tradición de la Universidad alemana fundada sobre el más amplio espíritu de libertad, de pensamiento y de investigación, no puede acomodarse á soportar en su organismo la presencia y la actividad intelectual

de espíritus ligados por un juramento que ataca la misma entraña de la investigación científica. Este íntimo antagonismo lo han reconocido todos los hombres que están al frente de la vida universitaria de Alemania, y hasta el mismo Estado. Y con esta convicción íntima, ha pedido el Estado explicaciones á Roma sobre el alcance del nuevo juramento exigido por ella: ó los profesores de las universidades quedan dispensados del juramento, ó bien se hace imposible la subsistencia de las Facultades Teológicas dentro las universidades. Y ante este rotundo dilema de Roma ha optado por retroceder. Los profesores quedan dispensados de prestar el juramento. Pero Roma no ha dicho esto tan claro y sinceramente que haya convencido al Estado alemán de sus buenas intenciones. La Curia trae juego escondido en esta cuestión, y de aquí que la opinión intelectual y el Estado alemán no se den todavía por satisfechos con las explicaciones de la Curia, y que la cuestión siga en su estado agudo de gravedad.

Historiaré de la manera más resumida posible el desarrollo sucesivo del presente conflicto. Toda la táctica de la Curia romana en este conflicto, consiste en no acabarlo por medio de una actitud radical. La dispensa que ha dado á los profesores de prestar el juramento no es para ellos más que un paliativo que sólo sirve para alargar indefinidamente el conflicto y para ganar tiempo. Véanse ahora toda la serie de interpretaciones y de contrainterpretaciones que con este fin han salido de la Curia referentes á la prestación del juramento antimodernista. El 30 de noviembre de 1910, declaraba *L'Observatore Romano*, que los profesores estaban dispensados del juramento. El 14 de enero de 1911, el ministro de cultos del Imperio declaraba en el Parlamento que esta dispensa, en efecto, le había sido comunicada por la vía oficial. Inmediatamente después, se publicó la carta del Pío X al cardenal Fischer, fechada el 31 de diciembre, en la cual, el Papa mismo confiesa que en una conversación particular con el cardenal manifestó que los profesores de las Universidades estaban exceptuados del juramento; pero que posteriormente y respondiendo á un estado de espíritu general dentro la Iglesia, había suprimido esta excepción. Fué esta declaración la que provocó la última grave excitación de la opinión alemana, de la cual el mismo canceller ha hablado públicamente. Seguidamente la Facultad Teológica Católica de la Universidad de Breslau, publicó un documento en el cual manifestaba que el juramento exigido por el Papa, no contenía nada nuevo que saliese del círculo de los antiguos dogmas de la fe católica; el juramento era sólo un fortalecimiento de esta fe misma y no impedía en nada el progreso científico. La explicación de la Facultad Teológica de Munster, á la cual se adhirió la de Bona, insistió sobre la situación legal de las facultades teológicas dentro del organismo universitario, y por eso declara que vería con gusto poder prescindir del juramento, en el cual no venía ningún cambio de los actuales fundamentos de la fe y de la investigación científica. El cardenal Kopp, en su discurso del 7 de abril, habló de la cuestión desde el mismo punto de vista.

Todas estas aclaraciones, como se ve, no son más que tentativas de suavizar el conflicto, tentativas de mirar la cuestión desde un punto de vista favorable. Sin embargo, ante estas explicaciones pudírase pregun-

tar:—¿A qué viene, pues, el juramento, si nada nuevo añade á las antiguas bases de la fe? ¿Por qué se resisten los profesores á prestarlo? ¿Por qué después, son dispensados de ello por la Curia? ¿Por qué algunos clérigos, (lo mismo dá que sean muchos ó pocos), por escrúpulo de conciencia han rehusado prestar el juramento?

Estas explicaciones de las Facultades Teológicas, carecen de toda fuerza de convicción, porque lo que les decidió á darlas, fué, por una parte, el deber de la obediencia hacia Roma, y por otra, el deseo, muy natural, de conservar la actual situación de las Facultades dentro la Universidad.

Pero sigamos enumerando la serie de interpretaciones oficiales que, con el fin de detener el conflicto, no han hecho más que agravarlo. En la carta del cardenal Merry del Val, del 10 de febrero, se aceptan las citadas aclaraciones de las Facultades, como equivalentes á la prestación del juramento. Esta carta de Merry del Val se dió como una interpretación auténtica de la mencionada carta de Pío X al cardenal Fischer. Pero inmediatamente el *Osservatore Romano*, escribe oficiosamente que la carta de Merry del Val sólo es la expresión de la satisfacción del Papa por el recto sentido que inspiraba las explicaciones de los profesores de Breslau. Y según eso, pues, resulta que la carta de Merry del Val en nada cambia la gravedad de las manifestaciones del Papa en su citada carta al cardenal Fischer.

He aquí, pues, el procedimiento de la Curia romana: concesiones, limitación de las concesiones, interpretación de la limitación y suprainterpretación de la interpretación en el último documento del *Osservatore Romano*. Este singular procedimiento seguido por la Curia de empujar insensiblemente, escondiendo las manos para no comprometerse, á los profesores hacia la prestación expresa ó tácita del juramento, ha herido hondamente el sentimiento alemán y el espíritu de libertad absoluta que por tradición tiene en esta tierra la enseñanza universitaria. Pero lo más importante de esta cuestión es la significación absolutamente nula de la dispensa del juramento concedida por Roma á los actuales profesores, porque con esta dispensa lo que busca Roma es solamente ganar tiempo. Roma sabe muy bien que como sucesores en la cátedra de estos profesores, solamente habrá disponibles clérigos que hayan prestado el juramento; sabe que en caso de que el gobierno no haga nada en contra, las actuales Facultades no sometidas al juro del juramento, se convertirán, con el tiempo, en facultades ligadas por este nuevo lazo dogmático.

La conducta de la Curia romana en esta cuestión, que ha precedido y ha dictado sus decretos é interpretaciones sin consultar en lo más mínimo el poder del Estado, cuyos intereses espirituales tan hondamente hería, ha parecido, durante algún tiempo, inspirada en el deseo tácito de Roma, de suprimir las Facultades Teológicas de las Universidades alemanas y de circunscribir la educación y la instrucción de los futuros clérigos en los Seminarios eclesiásticos. Pero esta suposición no puede subsistir después que el cardenal Kopp, en su discurso del 7 de abril, ha declarado públicamente que la subsistencia de las Facultades Teológicas en las Universidades está en el interés de los católicos.

¿Cuál es la actitud de los centros intelectuales de Alemania ante este peligro? ¿Cómo se proponen impedir la introducción de su